

EL SIGNIFICANTE O AQUELLO QUE EL LENGUAJE HABLA PERO EL SUJETO NO DICE

Héctor Becerra

El tema que pretendemos desarrollar es: el significante. En "La instancia de la letra..." (1) el término parece cobrar vida propia distanciándose definitivamente del campo de la lingüística. Si en otro texto Lacan hace una lectura freudiana de Saussure es porque, como dice Barthes, el texto es siempre en plural; lo cual no quiere decir que tiene varios sentidos sino que realiza el plural mismo del sentido, un plural irreductible. Es allí que nos amparamos en lo que proponemos: un recorrido de algunos textos freudianos. Textos que, en algunos casos, hemos desarrollado en extenso.

Suponiendo el recorrido que algunos autores articulan entre el escrito y la cita, entendemos habernos ubicado en ese espacio intermedio, ya que no nos hemos conformado con la frase entrecomillada y la indicación bibliográfica. Nos detuvimos un paso antes, sustituyendo la cita por toda, o casi toda, la lectura que la originaba. En este sentido, en algún momento, el escrito se asemeja a un pretexto. Si nos hemos dispersado es algo que, a pesar de la actual matematización del psicoanálisis, no nos quitó el sueño.

Cabría aquí la interrogación de por qué recurrir a los textos de Freud para tratar acerca del significante lacaniano. Se trata en principio, lo dijimos, del testimonio de una lectura. Si hablamos de sentido, decimos que se trata de la operación en la cual el significante atraviesa la barra, pero el significante resiste la significación; si se habla del significante a punto de atravesar la barra, el psicoanálisis especifica: ¡ya la ha atravesado! Podríamos plantear entonces un momento anticipatorio, del que pretendemos dar cuenta, lo que conjeturamos se da al ver a Lacan en lo real de un escrito. Pero que no vaya el lector demasiado lejos en sus conjeturas, el trabajo no implica un rechazo a los aportes posteriores de Freud, lo cual se deja leer ya en las primeras líneas introductorias. No se trata de un regreso a las fuentes, sino un retorno de Freud en lo que denominamos arriba discurso psicoanalítico actual.

Una de las características específicas de la palabra parece ser la de evocar una cosa, una realidad; esa palabra entonces es un sustituto que la cosa no es. Spinoza lo graficaba en el siglo XVII afirmando que el concepto había que diferenciarlo de aquello que se conceptúa y que la mejor manera de hacerlo era decir que el concepto de perro no ladra.

Recordemos aquel juego infantil al cual Freud hace referencia en "Más allá del principio del placer" (2). El niño tenía un carretel de madera atado a una cuerda. Teniéndolo sujeto por el extremo de la cuerda lo arrojaba con gran habilidad por encima de la baranda de su cuna, forrada en tela, haciéndolo desaparecer detrás de la misma. Lanzaba entonces un "o-o-o" que fue interpretado a juicio de la madre y de Freud como un bosquejo del fort alemán (que significa fuera, lejos). Luego recogía de nuevo el carretel y saludaba su aparición con un alegre "da" (aquí). Según Freud este juego le permitía al niño, de dieciocho meses de edad, sufrir sin protestas la vivencia penosa de las apariciones y desapariciones de su madre, quien a pesar de la ternura que le profería al niño debía abandonarlo por pocas horas. Por medio de este juego escenificaba con el objeto, el carretel atado a la cuerda, las idas y venidas de su madre, asumiendo en el acontecimiento un papel activo que le aseguraba la dominación de la vivencia. Freud atribuye este impulso a la *Bemachtegungstrieb* (pulsión de dominio). Digamos simplemente, para poder avanzar al tema que nos acupará, que Freud está tratando de ubicar la relación del narcisismo con la agresividad, (ver trabajo sobre pulsiones).

La cuestión planteada tiene su importancia para nosotros en el punto en que el autor refiere la conexión que se establece entre la experiencia que provoca la alternancia de la diferencia y la inscripción de una huella, marca o trazo que permite evocar una situación que es constituyente del sujeto.

Si efectivamente en el juego del niño, la aparición y desaparición del carretel son el hito hacia el cual se desplaza la aparición y desaparición de la madre, ese desplazamiento busca otro mojón en los fonemas O y A ("o-o-o" y "da"), los que vendrían a dar cuenta de la aparición y desaparición del carretel. El distanciamiento que se opera respecto de la vivencia real se ha efectuado en dos movimientos: de la madre ha pasado el niño al carretel y luego al lenguaje. Vamos a tratar de explayarnos en este punto remontándonos a la cuestión del signo.

En el siglo XVI se consideraba que los signos habían sido depositados sobre las cosas. Por lo tanto no tenían necesidad de ser conocidos para existir. No era el conocimiento, sino el lenguaje mismo de las cosas lo que los instauraba en su función signifiante (3).

Cuando Freud hace referencias a los tabúes nominales (4), afirma que una de las costumbres más singulares de los primitivos consiste en la prohibición de pronunciar el nombre del muerto. Los salvajes ven en el nombre una parte

esencial y una propiedad importantísima de la personalidad. Si el adulto civilizado analizara ciertas singularidades de su conducta con respecto a los nombres propios, comprobaría sin dificultad que no se halla tan lejos como se cree de enlazar a ellos un valor esencial y hallará que el suyo se encuentra íntimamente ligado con su persona. Los neuróticos obsesivos se comportan respecto del nombre del mismo modo que los primitivos, ya que muestran, como en general todos los neuróticos, que el enunciado o la percepción auditiva de determinadas palabras y nombres están sometidos a un gran número de rigurosas coerciones. Cuenta Freud que una de sus enfermas, a la que denomina tabú, había tomado la decisión de no escribir nunca su nombre por miedo a que cayese entre las manos de alguien que de ese modo entraría en posesión de una parte de su personalidad. En sus desesperados esfuerzos para defenderse contra la tentación de su propia imaginación se impuso la regla de no entregar nada de su propia persona a la que identificaba en primer lugar con su nombre y luego con la escritura del mismo.

Desde el siglo XVII sólo existen signos a partir del momento en que se conoce la posibilidad de una relación de sustitución entre dos elementos ya conocidos (5). El signo entonces deja de ser previo a su posibilidad de conocimiento, es este acto el que lo constituye. Cuando la lógica de Port-Royal afirmó que un signo podía ser inherente a lo que designa o estar separado de ello, mostró que el signo, en la época clásica, no está ya encargado de acercar el mundo a sí mismo, sino por el contrario de desplegarlo, de yuxtaponerlo, según una superficie indefinidamente abierta y de proseguir, a partir de él, el despliegue infinito de sustitutos según se lo piensa (6).

Si el despliegue es infinito no sorprenderá que haga su aparición allí un carretel de madera. A partir de "este" momento la relación entre el significante y el significado no encuentra en la barra fraccionaria el elemento que asegure la certidumbre del enlace. Seguramente que no es inspirado por el juego de semejanzas que el niño opta por el carretel como objeto de sus avatares. El rechazo del niño pone en evidencia un rechazo que el siglo XVII empezaba a señalar: "lo semejante que durante mucho tiempo había sido una categoría fundamental del saber (...) se ve disociado en un análisis hecho en términos de identidad y diferencia (7). La actividad del conocimiento "se complejiza", ya no se trata sólo de relacionar las cosas entre sí buscando las semejanzas, sino que a partir de ubicar las identidades se tratará de discernir acerca de las diferencias.

Decimos pues que la madre al aparecer y desaparecer deja en el niño una marca, un trazo, una huella que se conserva en lo que denominaremos un espacio de inscripción, espacio pensado como Freud piensa el espacio en el capítulo VII de la *Traumdeutung*, "La interpretación de los sueños" (8), espacio ideal que no implica materialidad alguna. Tenemos entonces inscripción de la madre e inscripción del carretel, ya no hay barra que asegure el encuentro de uno con el

otro. ¿Dónde se produciría dicho encuentro? Foucault responde que en el conocimiento, es allí donde se establece el enlace entre una idea de cosa y otra idea de cosa, "el signo encierra dos ideas, una la de la cosa que representa, la otra la de la cosa representada y su naturaleza consiste en excitar la primera por la segunda" (9). ¿Alguna de estas dos ideas signo es el significante? En todo caso, ¿cuál es la condición del significante? Foucault dice que el significante llega a serlo a condición de desdoblarse, "una idea puede ser signo de otra no sólo porque se puede establecer entre ellas un lazo de representación, sino que esta representación puede representarse en el interior de la idea que representa" (10). De seguir este esquema podríamos decir que la representación de la madre puede representarse en el interior de la idea del carretel, idea que representa. Ya volveremos sobre esta cuestión.

Se había afirmado que los signos eran medios de conocer, eran casi la misma cosa, ahora son coextensivos a la representación, deben con-vivir con el pensamiento. ¿Qué dice Freud acerca de estas cuestiones en los orígenes del psicoanálisis? Para esta época (1894-5) (11) el modelo era el siguiente: cuando llega al yo una representación penosa, el sujeto no se aviene a resolver por medio de la labor mental la contradicción entre la representación intolerable y su yo; es decir, el resto de representaciones. Las representaciones intolerables son de índole sexual. Los paciente se esfuerzan para rechazar estas representaciones y su intención es dominarlas y no pensar en ellas. La labor que el yo se plantea es la de lograr debilitar las representaciones de que se trate despojándolas de afecto. Por más que el yo consiga debilitar la representación, ni la huella, ni el afecto a ella inherente pueden desaparecer; pero la representación así debilitada no aspirará a la asociación y la cantidad de afecto separado de la representación se dirigirá hacia otro lugar. Puntuamos aquí dos cuestiones; la primera, una observación: Freud trata la cuestión en términos de representaciones y no de palabra; la segunda una interrogación: ¿cómo se produce la asociación de la que habla el autor? Porque si bien el modelo indica que las representaciones debilitadas no aspirarán a la asociación, debemos indicar que el efecto a ellas ligado no queda exento de las generales de la ley: la condensación y el desplazamiento. Transcribimos un párrafo de la fobia de Juanito (12) que nos parece pertinente.

Padre: -¿Fuiste tu caballo muchas veces?

Juanito: -Ya lo creo.

Padre: -¿Y fue entonces cuando cogiste la tontería?

Juanito: -Porque no paraban de decir: 'por culpa del caballo' (wegen dem Pferd. Juanito acentúa especialmente la palabra wegen). Y así, porque no paraban de decir: 'por culpa del caballo' es que cogí la tontería 777".

777. Conviene aclarar este detalle. Lo que Juanito quiere decir no es que cogiera la tontería, sino que ésta se hallaba relacionada con aquello. La teoría exige que

el mismo objeto actual de la fobia haya sido antes objeto de un intenso placer. Agreguemos también algo que el niño no dice: que la palabra *wegen* abre el camino a la extensión de la fobia desde los caballos a los vehículos (*wägen*). No debe olvidarse nunca que los niños tratan las palabras mucho más objetivamente que los adultos y que las homofonías son así mucho más significativas para ellos".

El padre de Juanito dice abandonar este tema debido a las resistencias del niño. Se trata, es obvio, de lo que Lacan denominaría las resistencias del analista. El padre de Juanito no escucha lo que no cesa de ser proferido. Del "*wegen*" que puede ser traducido como: "por, a causa de, con motivo de, debido a al *Wägen* que significa: carros, coches; del miedo al caballo al caballo que arrastra el carro. Pero ¿qué sucede con el a causa de? ¿cuál es su articulación, su desplazamiento asociativo? Se trata de una asociación, de una circulación de la libido, la cual por condensación y desplazamiento sigue un recorrido bien poco lógico de *Vorstellung* en *Vorstellung*, de representación en representación. Avancemos lentamente. *Wägen* es el término que designa coche, carro. El plural de los sustantivos alemanes puede formarse de ocho maneras diferentes, la inflexión vocálica de *Wägen* lo convierte en plural, se trata de coches o carros; la fonética del término también sufre una variación: *wägen* y *wegen* quedan asimilados en términos homofónicos. Esta combinación significativa se asocia a otras cadenas que aparecen a lo largo del texto: *weggehen* (irse, marcharse), *wegschneiden* (cortar), *wegjagen* (echar a la calle), *weggeben* (deshacerse de), etc. Decimos entonces que con el a causa de podríamos construir uno de los significantes mayores de la fobia de Juanito: a causa de estar atado al carro de mi madre es que no dejo de tener este miedo al caballo. Pero digamos también, que a causa de estar sujetado al carro de los significantes es que se da la posibilidad de su curación espontánea, lo que Lacan denomina cura simbólica.

Si Freud plantea entonces su modelo en términos de representaciones intolerables, debilitamiento de representaciones, representaciones despojadas de afecto, asociación de representaciones, etc. no olvida que el análisis de las representaciones está compenetrado con estas palabras que parecen tener una lógica propia, que es la que se denominaría lógica del significante. Dejamos esbozada la relación entre pensamiento y lenguaje.

El lenguaje parece cobrar vida en su relación con el lenguaje mismo, pero ¿qué sucede en su relación con las cosas. En el ejemplo del carretel observamos que se produce una fractura entre la experiencia y el signo que la reemplaza. ¿Cuál es la extensión de esta fractura? Veamos un trabajo de Freud acerca de los recuerdos infantiles (13) que nos permite afrontar la cuestión. Se trata del relato de una escena que es la siguiente:

"Veo una pradera verde. En lo alto de la pradera una casa, una casa campestre en

cuya puerta conversan dos mujeres. Entre la hierba resaltan muchas flores amarillas. En la pradera juegan tres niños: yo mismo a la edad de dos o tres años, un primo mío, un año mayor que yo, y su hermana casi de mi edad. Hemos tomado algunas flores amarillas y tenemos un ramito cada uno. El más bonito es el de la niña, pero mi primo y yo nos arrojamos sobre ella y se lo arrebatamos. La niña echa a llorar y corriendo llega a la casa de la campesina quien le da pan de centeno para consolarla. Al advertirlo, mi primo y yo tiramos las flores y corremos hacia la casa pidiendo también pan. La campesina nos lo da".

Sabemos que esta escena pertenece al propio Freud: debido al momento en que fue publicado el artículo, deducimos que se trata de un fragmento de lo que se ha convenido en llamar su autoanálisis. Convengamos entonces que este diálogo que sostiene con un hombre de treinta y ocho años, de formación universitaria, quien a pesar de ejercer una profesión ajena al psicoanálisis se interesa por tales cuestiones, desde que se aliviara de una pequeña fobia con ayuda de un tratamiento, no es otro que aquél que la necesidad dialógica del lenguaje le impusiera. El autoanálisis es imposible, había escrito Freud el 14 de noviembre de 1897 (14); puedo analizarme sólo por medio de aquello que me entero y que me viene de afuera (como si yo fuera otro). En ese momento ese otro al que Freud le dirige la palabra, que va organizando su existencia, es el diálogo con Fliess.

Afirma entonces tener la impresión de que en la escena hay algo falso, ya que el amarillo de las flores resalta demasiado del conjunto y el buen sabor del pan parece también exagerado. Comienza entonces un recorrido asociativo donde relata que en la época de su nacimiento los padres gozaban de una regular posición económica. Pero al cumplir tres años el padre experimenta una crisis laboral que obliga a la familia a trasladarse de ciudad. Cumplidos los diecisiete años, vuelve a este lugar invitado a pasar unas vacaciones en casa de una familia amiga. Los anfitriones tenían una hija de quince años de la que se enamora en el acto. La muchacha se marcha a los pocos días y esta separación aviva su pasión. Dice recordar entonces que durante mucho tiempo no pudo ver nada de un color amarillo parecido al del traje que llevaba la adolescente en la primera entrevista que sostuvieron, sin emocionarse profundamente. Relata luego que tres años después fue a pasar unas vacaciones a casa de una tía y encuentra de nuevo a sus primos; esto es, a aquellos que aparecen en la escena del recuerdo. Por aquella época había ingresado en la universidad. Pero supone que el padre y el tío habían proyectado hacerle sustituir los estudios por otros más convenientes y casarlo con la prima, proyecto al que deben haber renunciado al verlo tan absorto en sus propios planes. Si, como Freud afirma, la época de lucha por el pan cotidiano aporta el punto de apoyo para situar en ella el recuerdo que nos ocupa. Es ésta una afirmación que no deja de sorprender, ¿cómo puede un hecho que tem-

poralmente sucedió después, brindar apoyo a un recuerdo que aconteció diecisiete años antes? Freud afirma que en la escena aparecen elementos que no pueden referirse sino al segundo recuerdo, o sea a la pretensión de matrimonio con su prima: arrojar las flores para cambiarlas por un pedazo de pan parece una clara alusión al proyecto paterno de que lograra una actividad que le permitiera ganarse el pan sin sobresaltos. Concluimos, entonces, que no se trata de un recuerdo de la infancia sino de una fantasía enviada a la infancia. Vayamos por partes porque el tema así lo requiere. La idea, el recuerdo, que Freud tiene no es algo del orden de un acontecimiento pasado, la idea aparece en un decir que repite algo que no era como se lo suponía. Ahora bien, si hablamos de repetición tendremos que empezar preguntándonos: ¿repetición de qué? Decimos entonces, esto lo subrayamos para poder retomarlo, que la repetición es la repetición de algo que no era. Se repite aquello que no era como se suponía en el recuerdo, aquello que no fue de esa manera. Si habláramos de una fractura entre el acontecimiento y el signo debemos pensar entonces por qué la idea ya no aparece como reflejo de la cosa. Recurramos en este punto al apartado I de "Introducción al narcisismo" (15); allí Freud afirma, en relación al tema de las psicosis, que también el histérico y el neurótico obsesivo pierden su relación con la realidad y sin embargo, el análisis de estos pacientes demuestra que no han roto su relación erótica con las personas y las cosas. La conservan en su fantasía; esto es, han sustituido los objetos reales por otros imaginarios.

¿Qué tenemos entonces hasta aquí? Tenemos los mismos términos que venimos desarrollando: por un lado, la realidad, la cosa y por otro, la representación, la idea, que tanto el histérico como el neurótico obsesivo se hacen de aquéllas. Pero en el texto aparece una novedad, se trata de un nuevo término: la fantasía. Es allí donde, según Freud, se sustituyen los objetos reales por otros imaginarios. La libido objetual del neurótico ha sido sustraída del mundo exterior siendo aportada, no al yo como en el caso de la megalomanía, sino a la fantasía. Este mundo fantasmático queda mediatizando la relación que establece el neurótico con sus cosas. Proponemos entonces un esquema sencillo tratando de poner de relevancia la importancia del concepto citado, ya que a pesar de lo escueto del párrafo implica toda una postura ante cualquier idealismo.

histérico	fantasía	
		realidad
neurótico	libidinizada	
obsesivo		

Si la repetición era repetición de algo que no era, digamos que a partir del narcisismo el sujeto repite aquello que desea que sea.

Nos queda aún por desarrollar qué es lo que produce que la fantasía, que no es un recuerdo de la infancia, aparezca en la infancia. Hemos tocado el tema del narcisismo, pretendemos seguir en esta línea articulando la especularidad para lo cual volvemos al recuerdo infantil. A Freud le sorprenden las conclusiones a las que arriba, ya que afirma tener la sensación de que la escena recordada es perfectamente válida, a lo que responde concluyentemente que en la mayoría de las escenas infantiles el sujeto se ve a sí mismo, pero lo ve como un observador ajeno a la escena. Es indudable entonces que esta idea no puede ser una fiel reproducción de la impresión recibida en aquella época. El niño se hallaba en aquel entonces en el centro de la situación y no atendía a su propia persona sino al mundo exterior. ¿Cómo podría alguien recordar haber visto su propia nariz o el nudo de su corbata? Esto se logra sólo cuando nos enfrentamos a un espejo, lo cual quiere decir viéndonos como otro, lo que obviamente produce un desdoblamiento, una oposición inmediata entre nosotros y el objeto al cual miramos, en este caso nosotros mismos. Ahora bien, para que haya relación con el objeto es preciso que exista relación narcisística con el otro; la elección de objeto es narcisista cuando el objeto representa al sujeto mismo, o a lo que ha sido, o a lo que quisiera ser, o a lo que fue parte de uno mismo (el hijo) (16). En "El estadio del espejo..." (17) encontramos una teoría del narcisismo que pretendemos resumir brevemente: a partir de la imagen del otro se forma el yo que no se desarrolla en armonía y complementación; sino por el contrario, en la tensión y la rivalidad. El yo se encuentra entonces asentado en el eje subjetivo que tiene en el extremo opuesto al otro. Esta es la condición de la supuesta objetivación del mundo, decimos que supuesta porque una vez instaurado el objeto, la relación que establecemos con él es de desconocimiento. Para decirlo todo de una vez: el sujeto ignora que ese otro sea el mismo. Esta es una tesis fundamental de Lacan, no siempre demasiado explicitada: **el ojo humano desconoce la virtualidad.** Para no quedarnos con una lectura retórica del mito de Narciso decimos que si Narciso es seducido por una imagen que le devuelve el agua, la característica fundamental de esa imagen es la de aparecer como un otro. Narciso no se enamora de su imagen. Marcamos aquí el punto de sutura entre lo que sería la lectura que hace el lector y la que hace Narciso. Si leemos que Narciso se enamora de su imagen, estamos en el terreno del mito leído por un tercero; éste realiza una lectura que le atribuye a Narciso, he aquí el punto de sutura: Narciso ignora que esa sea su imagen. Narciso lee allí que se trata de un otro.

En otro párrafo de "Introducción al narcisismo" (18) Freud concluye de la observación del adulto normal que muestra muy mitigada su megalomanía y muy desvanecidos sus caracteres infantiles en los cuales se deducía el narcisismo. A la pregunta acerca de qué ha sido de la libido, conjetura que el sujeto ha construido en sí un ideal con el cual compara su yo actual. Al ideal del yo consagra entonces

el amor ególatra del que en la niñez era objeto el yo verdadero. El narcisismo aparece desplazado sobre este nuevo yo, ideal del yo (19). Aquello que proyecta ante sí como su ideal es la sustitución del narcisismo perdido en la niñez en la cual era él mismo su ideal. Volvemos entonces al eje de la subjetividad, en términos de lo que venimos enunciando: yo actual-ideal del yo; aquí se asienta entonces la relación con el objeto, usina de los afectos más intensos y los odios más profundos. (20).

Pero volvemos a la cuestión de las palabras. ¿Cuál es la conclusión que extraemos de los recuerdo encubridores? En el sentido aristotélico diríamos que el recuerdo es falso, el color de las flores y el sabor del pan no eran lo que ciertas ideas vehiculizaban como dato. Estas impresiones provenían de un sentimiento que había sido proyectado al pasado desde el presente, dirección ésta que Freud reconoce muy tempranamente en sus escritos con el nombre de *Nachträglichkeit*, a-posteriori (21).

Hemos hecho referencia al espejo, digamos entonces que los brillos generados por el juego de reflexiones encandilan al órgano de la conciencia, opacificando sus pensamientos; lo imaginario entonces disimula a la conciencia sus propias operaciones y actitudes, la conciencia ve en su idea, en su representación, algo diferente de ella misma, cuando no hay en ese otro sino lo que ella ha puesto en él.

Realizamos algunas puntuaciones tratando de sacar conclusiones producto del pasaje por los textos citados. Decimos entonces que si el sujeto "reemplaza los objetos reales por otros imaginarios" (15), que si "construye en sí mismo un ideal" (17) y que si sus recuerdos son "recuerdos encubridores" (13) es porque el yo se transforma en la teoría de Freud en un "objeto", en una imagen, en un cúmulo de identificaciones. El yo funciona como una *Vorstellung*, una representación. Freud asimila el yo a una imagen (22).

La reflexión estará siempre tratando de atemperar, de racionalizar, de reprimir las experiencias. Freud sostiene en la última parte de *Introducción al narcisismo* (17) que la formación de un ideal sería la condición de la represión, que se ejerce sobre la *Vorstellung*, idea, imagen, representación, que es el *Repräsentanz*, el representante de la pulsión. Si la represión entonces es la distancia que media entre el yo y su ideal, es éste un descubrimiento importante e ignorado (23). Cuando Freud escribe su inconclusa *Die Ichspaltung* (24), afirma no saber si lo que iba a decir debería ser considerado como algo familiar y evidente, desde hace mucho tiempo o como algo sorprendente y nuevo, inclinándose por esta última alternativa. Esto ofrece un poco de claridad a aquella enigmática opinión de Lacan acerca de que cuando Freud escribió su ensayo sobre el narcisismo no sabía lo que decía. Habría que interrogar a Freud si para él veinticuatro años es mucho tiempo o algo reciente, ya que ese es el

lapso que había transcurrido desde que planteara la existencia de un yo actual y un ideal del yo, los cuales no podrían existir sino fuera por "ese desgarrón del que nunca se cura sino que se profundiza con el tiempo" (25).

Convengamos que aunque ficticio el sujeto encuentra en lo que dice un punto de apoyo. Punto de apoyo que ubicado del "lado de enfrente" le permite establecer al fin y al cabo su propia identidad.

La categoría gramatical del "yo" es el índice de una subjetividad incipiente, ya que no puede concebirse el "yo" sin el "tú" de la segunda persona, ese otro al que nos dirigimos. Es por ello que "sin mover los labios ni la lengua, podemos hablarnos a nosotros mismos" (26). Al hablar de uno mismo ya está implicado lo imaginario, lo que venimos denominando relación dual, reflejo especular, espejismo que no sólo alcanza al "yo soy" del presente, sino también al "yo fui" de los recuerdos encubridores donde "el camino de la restitución de la historia del sujeto adquiere la forma de una búsqueda de restitución del pasado" (27). Decimos entonces que la conciencia de uno mismo sólo es posible por oposición al "tú". El "soy" está dando cuenta de una subjetividad que se pone de manifiesto en el lenguaje y que se distingue del "yo" del habla. El "él" de la tercera persona gramatical implica la no-persona, lo que ejemplificaré brevemente evocando el silencio eterno, al comenzar sus sesiones, de un analizando cuyo discurso, en ese momento, me atreví a denominar perverso, y quien explicitaba su espera anunciando que: "(él) estaba llegando". Incapaz de circunscribirse a sí mismo, se contemplaba como si fuera otro sobre el cual se profieren enunciados en tercera persona.

Pero volvamos al juego del carretel. Habíamos planteado que el distanciamiento que se opera en el niño respecto de la experiencia se realiza en dos tiempos: de la madre pasaba al carretel y luego al lenguaje. Siempre que uno quiere dar un ejemplo de certeza absoluta y verdad indiscutible apela a algún teorema matemático, tal vez el de Pitágoras, o a la fórmula de la multiplicación " 2×2 igual a 4"; pero la matemática pura, en el sentido del lenguaje ordinario, es simplemente un sistema de tautologías, o sea de convenios acerca de signos y transformaciones según reglas aceptadas. Si decimos que el número 15 es primo (lo cual es una proposición tautológica), tenemos simultáneamente presente un sencillo hecho empírico observable con 15 manzanas o monedas; a saber, que es imposible una división en grupos iguales. Este ejemplo pertenece al dominio de la experiencia cuya teoría tiene como parte tautológica a la aritmética. Y si, generalmente, no se presta atención a la transición entre los hechos y los conceptos axiomáticos, de tal modo que el concepto de una ciencia llamada aritmética se forma, exclusivamente, en base a las consideraciones tautológicas, ello se debe a que dicha transición parece en este caso sumamente sencilla, familiar y clara. Teniendo en cuenta lo que dice Schopenhauer acerca de que poseemos en con-

creto la lógica que después construimos como ciencia "in abstracto", observamos a partir de una relación sencilla del tipo "A es A", tomada del postulado de la lógica aristotélica, la distinción que no puede operar entre las cuestiones denominadas fáctica y tautológica. Tenemos entonces la "A" de "A" y la "A" de "es A". ¿Es la segunda "A" repetición de la primera?

Vayamos a la cuestión del carretel y formulemos una nueva pregunta: ¿qué es la cosa, la experiencia, antes de que el niño intentara reflejarla en el juego? Bien, se dirá que esto no exige demasiadas dificultades en ser conceptualizado, se trata de una madre ausentándose y presentándose. Pues bien, la cuestión tiene sus bemoles, los que trataremos de ir escuchando: ¿se trata de una cuestión de ausencias y presencias?, ¿o más bien de la presencia sobre el fondo de ausencia?, ¿o de la ausencia constituida por el hecho de que una presencia puede existir? Ocurre que en la realidad (28) no hay ausencia más que cuando el niño supone que puede haber una presencia allí donde no la hay. Se trata de la realidad del niño, lo que en alemán denominaríamos la *wirlichkeit* del niño (29). La realidad de "la madre que no está" es la realidad del niño, la *wirlichkeit*. En la realidad no hay ausencia. Digámoslo de otra manera pero sin cambiar nada: la madre está en otro lugar. Nos hemos encontrado con una dificultad: si el juego del carretel no es el reflejo de la experiencia, ¿qué decir acerca de la cosa?, ¿qué es la cosa antes de toda predicación acerca de ella? En este punto estamos cuando decimos: ¿qué es "A" antes de toda predicación? Una predicación bastante singular como lo es la predicación acerca de la existencia. "A" está a la espera de lo que sobre ella se va a decir. "A" es un dato indeterminado, que está a la espera de "es A", ya que éste será quien predique acerca de aquella. "A" es mítico, es un dato mítico que aparece como aquello que va a soportar lo que "es A" va a venir a decir acerca de ella.

Hemos planteado una relación de dos términos. Refresquemos otra, aquella que Freud desarrolla en términos de yo actual e ideal del yo (17). Freud sostenía que el sujeto no quiere renunciar a la perfección de la niñez, la que no puede seguir manteniendo, la que intenta reconquistar bajo la forma de un ideal. Aquello que proyecta ante sí como su ideal es la sustitución del narcisismo perdido en su niñez, en la cual era él mismo su ideal. Nos detenemos en dos cuestiones, la primera: pensamos la represión originaria como aquel recorrido que introduce al sujeto en el universo simbólico provocando la constitución del inconsciente (30). El sujeto lo ignora, pero él no será jamás el que es sino el que pretende ser. La segunda: hay una distancia que va del yo actual al ideal. Dicha distancia entre uno y otro término no impide que haya pasaje, deslizamiento. Hay renuncia del yo actual a ser él mismo el ideal y hay pasaje del yo actual al ideal. Pero aquí hay otra cuestión que ponemos de relieve: lo que desaparece del yo actual para re-aparecer en el ideal implica un recorrido, el recorrido de una

distancia; este recorrido deja como saldo una pérdida. Lo que re-aparece en el ideal no es lo mismo que desapareció en el yo actual, estamos ante dos términos distintos.

Antes de "es A", "A" está como dato indeterminado, está a la espera de lo que sobre ella se va a predicar. Por lo tanto, deducimos que cuando aparezca el elemento que predique, "A" aparecerá como sostén de "es A". Paradójicamente, cuando hace su aparición "es A", se da un pasaje, un desplazamiento, del primer término al segundo. "Es A" entonces va a operar en tanto sostén de "A". "A" pasa de supuesto sostén a sostenido. ¿Por qué decimos que "A" pasa de sostén a sostenido? Porque "A" estaba esperando del "es A". Esperaba que "algo" viniera a decir acerca de ella. Pero cuando se puede saber acerca de ella, se sabe por algo que ella no es. Si se sabe algo del "A" es por el "es A", no por aquél. Esto es lo que Lacan denomina pérdida de la identidad, la identificación desgasta la identidad (39). Esta es la herida narcisista de un sujeto, que en los inicios sólo es tal en tanto mítico, individuo que tendrá que advenir a la condición de ser sujeto, pero sólo a condición de resignar su indivisibilidad. El sujeto sólo aparecerá representado en el simbolismo por un sustituto, ya se trate del pronombre personal "yo", o por la denominación "hijo de". El sujeto mediatizado por el lenguaje se encuentra irremediabilmente dividido, se halla excluido de la cadena signifiante en tanto que está representado en ella.

Teníamos que la repetición era repetición de algo que no era, lo retomamos. A pesar de no habernos alejado, volvemos al juego del carretel. En términos de lo que venimos planteando tendríamos que hacer mención a una imposibilidad del pasaje de la madre al carretel; sin embargo, a pesar de la imposibilidad, el deslizamiento se opera. Decimos entonces que lo que se repite es la imposibilidad de repetición. Pero la cuestión aquí recién comienza, ya que si prestamos atención advertimos que esta imposibilidad del pasaje de la madre al carretel es lo que podríamos denominar una imposibilidad segunda. ¿Y la primera? Pasamos a formularla: hablar del carretel y de la madre implica, lo hemos desarrollado, la idea de carretel y de madre, pero la idea del carretel no es el carretel y la de la madre no es la madre; aquí hay imposibilidad, pero si hubo inscripción es porque hubo pasaje de un término a otro.

Si en el análisis nos hemos encontrado con la imposibilidad segunda, esta dio lugar a otra imposibilidad, la imposibilidad primera. Nos encontramos pues con un recorrido donde a la imposibilidad se la va "pateando para adelante". Ahora bien, si un término tiene que esperar al otro para que ese otro diga acerca de él es porque él no puede decir acerca de él, él no puede decir-se. En este punto ya estamos en el campo del signifiante Lacaniano.

¿De qué manera Freud anticipa estos postulados? Pasemos a un relato (32) en el que nos cuenta que unos años antes de la guerra acude a analizarse con él

un joven alemán, estudiante avanzado de filosofía en Múnich, quejándose de su incapacidad de trabajo y de haber olvidado toda su vida anterior. Expone el plan de una novela bosquejada por él y que se desarrolla en Egipto, en la época de Amenofis IV y en la cual tiene cierta importancia un anillo. Da comienzo entonces el análisis, resultando ser que para el joven el anillo era símbolo del matrimonio. Tenía una hermana algunos años menor que él, de la que estaba enamorado. Sin embargo, sus demostraciones de amor nunca habían trascendido de lo lícito entre hermanos. De la hermana se había enamorado un joven ingeniero que fue correspondido y como esta relación no contaba con el favor de los padres de la novia, la pareja acudió al joven en demanda de auxilio. Durante la época del noviazgo ocurrió algo que Freud califica de muy sospechoso. El joven emprendió con el futuro cuñado una excursión, pero ambos se perdieron en la montaña corriendo peligro de muerte. El paciente dejó el tratamiento con el objeto de rendir sus exámenes finales y presentar su tesis. Volvió al tratamiento un año más tarde, en el mes de octubre, y contó que en Múnich vivía una adivina a la que visitó en el mes de marzo y le presentó lo que aquella exigía, esto es la fecha de un natalicio; por supuesto, sin mencionar el nombre, le dio la del cuñado. De acuerdo con el oráculo esa persona moriría en junio o agosto próximo de una intoxicación con cangrejos u ostras. Después de haber contado esto el paciente agregó que la cuestión era extraordinaria. Freud le preguntó qué había de extraordinario en eso, porque si el cuñado realmente hubiese muerto él ya lo habría contado. La profecía fue formulada en marzo, debía cumplirse a mediados de año y estando en el mes de noviembre nada había sucedido. El paciente responde que nada había sucedido pero que lo llamativo era que al cuñado le gustaban mucho los cangrejos, ostras y mariscos y que en efecto había sufrido una intoxicación de la que estuvo a punto de morir. Freud se propone aclarar el fenómeno afirmando que dicho conocimiento se encontraba en el paciente.

Todo lo sucedido se explica si se acepta que el conocimiento se transfirió de él a ella, la que Freud prefiere denominar medium, por un camino desconocido que excluye las formas habituales y familiares de comunicación. No se trata de una parte arbitraria de la vida del sujeto la que se transmite a una segunda persona, al "tú" gramatical, se trata de un deseo que ya conocemos a partir de lo sucedido con el cuñado en la montaña. Hemos hecho referencia al "yo soy". Nos encontramos aquí nuevamente con dos términos los que establecen una distancia, la que va del "yo" que enuncia, que habla, al "soy" de la subjetividad, aquel que está opacificado por la especularidad. Lo que el "yo" enuncia entonces, el "soy" lo desconoce. Lo que el "soy" desconoce halla en el "tú" de la segunda persona, digámoslo en términos freudianos, expresión consciente. Cuando Freud intenta reconstruir el curso de las ideas que el joven pudo haber tenido respecto del

odiado rival, dice que debe haber pensado: "bueno, esta vez ha salido con vida, pero no por ello renuncia a su amor por mi hermana, espero que la próxima vez muera por eso".

Decimos entonces que el deseo del paciente aparece como reprimido. Pero atención, porque que aparezca como reprimido no impide que sea dicho. El psicoanálisis no tiene ningún tipo de conexión con alguna psicología de las profundidades, el deseo reprimido no se mueve de la "superficie" ya que no cesa de ser enunciado (12). El asombro, la admiración del paciente provienen del encuentro que se produce entre el deseo y el enunciado del deseo; claro, se dirá que el enunciado del deseo aparece verbalizado por el "tú" de la segunda persona, pero recordemos que este "tú" aparece en oposición al "yo" y dijimos que en el narcisismo el yo es el otro y el otro es el yo. Esto aclara suficientemente la actitud del paciente, pero digamos además que él (yo) puede ausentarse del "yo" o puede disfrazarse de "él", y esto es lo engañoso del discurso: la imposible coincidencia entre el yo y el "yo".

Un párrafo para la medium. Su subsistencia depende precisamente de la efectividad que las profecías produzcan en aquellos que acuden a la consulta. ¿Cuál es la forma que toma el enunciado para que tenga valor de profecía? La medium dice: "yo digo", pero qué es lo que dice: dice lo que se transfiere de quien la consulta a ella. Ella queda "mediando" entre el mensaje y quien lo emite. La medium "aliena" el mensaje y lo vuelve extraño en relación al enunciado y familiar en tanto quien lo escucha lo reconoce como propio. El texto completo con el que la medium trabaja sería el siguiente: "yo digo (lo que usted dice)". Colocamos entre paréntesis "lo que usted dice", porque esa parte la medium no la especifica, no la aclara, ella no dice de dónde surge el mensaje. Cuando dice: "yo digo", pareciera que es ella la que dice, pero sólo dice lo que escucha que dicen; lo que los que dicen, no escuchan. Una última cuestión, siempre en relación a la palabra. Si la profecía fue realizada en marzo es porque la medium la escuchó en lo que el joven verbalizaba ignorando que deseaba; ahora bien, pero, ¿qué de la intoxicación que realmente acontece en agosto? ¿tuvo el paciente de Freud alguna implicancia en el hecho? A nosotros nos basta con formular que si hubo una profecía, ella sólo pudo ser efectuada en términos verbales. Tenemos entonces un decir que se anticipa al hecho mismo. Desarrollamos en extenso la fractura que se producía entre la cosa y el hecho de que la cosa tuviera que ser nombrada; ahora tenemos otra cuestión: el nombre anticipa la cosa.

Marquemos pues, la importancia de esto en relación a la constitución del ser humano; en términos de lo que venimos desarrollando el sujeto ya no aparecerá como la causa u origen del simbolismo, por lo tanto simbolismo ya no aparece como instrumento de sus intenciones. En este sentido, puede decirse que

el ser humano es más bien un efecto del significante que no la causa. Cuando en *Las palabras y las cosas* leemos que es en el conocimiento donde se establece el enlace entre la idea de una cosa y la idea de otra(9), el psicoanálisis vendría a interrogar allí: ¿en el conocimiento de quién? Foucault está partiendo de aquello que es dato para la ciencia y que tradicionalmente se arroja en el terreno de la metafísica. Las teorías científicas al hablar del hombre deben presuponerlo, el hombre está "allí" constituido; este hombre no coincide con el hombre que encuentra el psicoanálisis, quien de ninguna manera está constituido. Esto es precisamente lo que descubre el psicoanálisis.

¿De qué manera Foucault nos presenta "su" significante?: "cuando una idea puede ser signo de la otra, no sólo porque se puede establecer entre ellas un lazo de representación sino que esta representación puede representarse en el interior de la idea que representa" (10). Aquí aparece evidenciada una cierta distancia entre la arqueología del signo que el autor nos propone y el significante lacaniano. Planteemos pues el punto de divergencia: no se trata de que la idea del carretel presenta un "interior" donde yacen ella misma y la idea de la madre, sino que si la idea de la madre yace en el interior de la idea del carretel, esta no es una idea que esté a disposición del niño. No dejemos de reparar y esto es capital, en que la idea del carretel es una idea que representa la idea de la madre... ¡para Freud y para su nuera! No olvidemos que si el lenguaje constituye la condición de la subjetivación de uno mismo como alguien diferente, este acceso al lenguaje implica en el tiempo la coincidencia con la represión constitutiva, se trata de un momento mítico, lo hemos planteado; en el segundo momento el recorrido se cumple a partir de la aparición del inconsciente de acuerdo al mecanismo de la metáfora. (1) Y es en este nivel que se puede hablar de inconsciente; es decir, el conjunto de significantes mayores que fijan la pulsión. Mediante esta fijación la pulsión opera en determinados puntos privilegiados, sobre todo en los términos de oposiciones: el afuera y el adentro del "fort-da", lo bueno y lo malo, etc.

El niño no juega al carretel "sabiendo" que la aparición y desaparición del carretel implican la aparición y desaparición de la madre; decimos entonces, que no hay significación para el niño, la significación en todo caso opera para Freud y la madre del niño. Si el juego del carretel es un juego significativo es porque en él no hay significación; si el juego del carretel es un juego significativo es porque en él aparece representado un niño, cuestión esta, debo confesarlo, que me impactó cuando la encontré formulada con tanta claridad en el lenguaje mismo. En el alemán se denomina al niño con el término "Kind"; ahora bien, en este idioma el sustantivo, a los fines de la declinación, no deja de estar precedido por su artículo; en el caso de "Kind" se trata de "das Kind" o sea que tenemos un artículo neutro, artículo que, obviamente, no expone género. Tenemos entonces

un niño que todavía no es un ser sexuado, no es el niño ni la niña; el sexo entonces, según lo que el lenguaje plantea, es un punto de llegada no de partida. De acuerdo a esto el niño que ingresa en el orden simbólico va a ser modelado por este orden, quedará sujetado y recién allí se denominará sujeto.

El significante pues representa lo que el niño reconoce de la madre, en tanto cosa, como irremediablemente perdida. Detengámonos en el párrafo donde Freud alude a que el niño por medio de este juego escenificaba con un objeto, el carretel atado a la cuerda, las idas y venidas de la madre, asumiendo en el acontecimiento un papel activo que le aseguraba la dominación de la vivencia (2). Se trata, en el punto que nos ocupa, del intercambio que realiza Freud, que no es otro que el abuelo del niño, y su nuera. En este intercambio el niño es nombrado por un "el" (33). Por lo tanto, decimos que el niño se inscribirá en la cadena significativa sólo al ser nombrado en el diálogo de los padres y al recibir, lo hemos dicho, un nombre y un apellido. El acceso al simbolismo por la represión originaria se apoya entonces en un par de fonemas, los que representan la pulsión en lo inconsciente que orienta el niño hacia su madre; el "fort-da" del carretel transporta el deseo originario del niño de unirse con la madre. La cadena inconsciente está constituida por significantes que tienen la particularidad de rehuir toda lógica. Dijimos pues, que si la idea del carretel admitía la idea de la madre es porque había deslizamiento de una a otra, en términos freudianos: condensación y desplazamiento. La condensación entonces es una metáfora donde el niño dice el sentido reprimido de su deseo y el desplazamiento es una metonimia donde se marca aquello que tuvo que faltar para que se construyera el deseo, deseo de otra cosa que siempre falta. La metáfora del carretel es el surgimiento en una determinada cadena de significación de un significante que se ubica en otra cadena. La madre, significante mayor, sólo puede franquear la barra del algoritmo al ponerse en contacto con la idea del carretel que opera en tanto significado. La cadena inconsciente está constituida por significantes que tienen la particularidad de rehuir toda lógica, pero además, esta cadena significativa se asocia a otras cadenas "no tan inconscientes", lo que va a dar lugar a lo que Freud denominaría contenido manifiesto y latente. Es por medio de la metáfora y la metonimia que el deseo se vehiculiza hasta la conciencia; es una representación y la representación representa la imposibilidad de identidad. La palabra representación entonces no va a ser uno de los términos de la relación. La palabra representación va a implicar la imposibilidad de la relación, imposibilidad que, sin embargo, no cesa de efectuarse. El significante representa esa identidad imposible.

El lenguaje constituye el instrumento que le permite al sujeto pensarse como entidad diferente, adquirir autonomía y distanciarse del mundo de las cosas reales, distintas de los conceptos que vehiculan su sentido. El lenguaje vehicula

una cultura, una historia, unas prohibiciones y unas leyes, con el cual estamos en el terreno del complejo de Edipo (34). Sin el acceso a este orden el niño no adquiere su ser sujeto; pero por otra parte, el ingreso en lo simbólico origina un distanciamiento en relación con la vivencia, dando lugar a lo que Freud denomina inconsciente. En el capítulo V de la *Traumdeutung* "La interpretación de los sueños" (35), en el apartado acerca del "Sueño de la muerte de personas queridas" Freud plantea por primera vez el deseo amoroso al progenitor del sexo opuesto y el deseo hostil frente al progenitor del mismo sexo, deseo hostil que culmina en el de muerte. Retengamos este "deseo de muerte" ya que es una idea que Freud va a desarrollar en *Totem y tabú* (36), texto en el que plantea que los hijos tienen que matar al padre y comerlo para existir como hijos.

Tratemos pues de articular estas ideas con los desarrollos que venimos efectuando. Hablábamos de dos términos y del pasaje de un primer término al segundo. Decíamos que el primer elemento aparecía en tanto mítico, su existencia era mítica; sin embargo había pasaje, deslizamiento. Concluimos entonces que ese primer término ofrecía la posibilidad de lanzar la cadena. Permite que la cuenta inicie; pero paradójicamente queda fuera. Entonces decimos que no se trata de la muerte de una persona sino de una operación lógica necesaria para que haya un todo. Hay un todo porque hay un elemento ek-sistente; si ese uno no se excluye, no se funda el todo y la condición de ese uno es el estar en menos, el descontarse. Así, ese padre muerto es un -1, condición de la falta y de la circulación.

RESUMEN

La lectura de los textos de Lacan ofrece una dificultad que parece ubicarse en el nivel de lo manifiesto. Cuando Ortega y Gasset se refiere a la claridad no exenta de elegancia con que Freud expone su pensamiento, entendemos que la dificultad ha quedado sumergida. Si Freud quería o no proporcionar a su obra una expansión ilimitada es algo que cae en el terreno de la sospecha; que la obra de este autor está construida como un bricolage no es ninguna sospecha, para comprobarlo sólo es necesaria la lectura, ¿de qué se habla entonces cuando se habla de claridad, de elegancia?

Si hacemos referencia al bricolage es porque la lectura nos ha permitido hallar una constante: la extrapolación de conceptos que son llevados por Freud "desde su lugar de origen" hasta la teoría que va construyendo. La cuestión relacionada con el lenguaje que nosotros intentamos empezar a esbozar aquí constituye un ejemplo.

Los orígenes del lenguaje permiten desarrollar la idea del instante en que

el niño queda escindido entre la cosa y el signo que connota en el pensamiento, al mismo tiempo, la presencia de la cosa y su ausencia. La escisión que separa el signo y la cosa constituye un desarrollo singular y contundente: la verdad queda excluida del pensamiento a partir del hecho de que por vía del signo que la enajena o aliena, una cierta forma se ha introducido en aquél.

El juego del "fort-da" nos hace suponer que para Freud el sujeto ya no aparece como causa u origen del simbolismo. Lacan es concluyente cuando afirma que el ser humano es más bien un efecto del significante y no la causa. Ciertas teorías científicas al hablar del hombre deben presuponerlo; es decir, el hombre está "allí" constituido; este hombre no coincide con el hombre que el psicoanálisis encuentra, quien de ninguna manera está constituido. Esto es lo que Freud descubre.

ABSTRACT

Reading Lacan's texts offers a certain difficulty that seems to be placed at the evidence level. When Ortega y Gasset refers to the clarity, not lacking elegance, with which Freud expresses his thoughts, makes us understand that the above mentioned difficulty has been covered. It is doubtful if Freud wanted or not to give his work an ilimited expansion, what is not doubtful is that it is built up as a "bricolage" shown through its reading. What is it then meant by clarity and elegance?

If we make any reference to the "bricolage" it is because reading has allowed us to find a constant feature; the extrapoling of concepts carried by Freud from its origin to the theory he is setting up. The question related to language we are trying to put up here, constitutes an example.

The origins of language allow us to develop the idea of the instant when the child is divided between the thing and the sign that connotes thought, at the same time, the presence and absence of that thing. The division that separates the sign and the thing constitutes a singular and conclusive development: the truth is excluded from thought from the fact that due to the sign that alienates it, a certain form has been introduced into it.

The "fort-da" game makes us suppose that for Freud the subject does no longer appear as cause and origin of symbolism. Lacan is definite when stating that the human being is more the effect of the significant than its cause. Certain scientific theories, when speaking about man, should presuppose him, e.i. man is constituted "there", this man does not coincide with the man found by psychoanalysis, who by no means is constituted; this is what Freud discovers.

NOTAS

- 1) Lacan, J. "La instancia de la letra en el inconciente o la razón desde Freud", en *Escritos I*, Siglo XXI editores, México, 1981.
- 2) Freud, S. "Más allá del principio del placer", en *Obras Completas*, Tomo III, Ed. Biblioteca Nueva, Madrid, 1973, pág. 2511.
- 3) Foucault, M. *Las palabras y las cosas*, Siglo XXI editores, México, 1977, pág. 65.
- 4) Freud, S. "Totem y tabú" en *Obras Completas*, Tomo II, Ed. Biblioteca Nueva, Madrid, 1973, pág. 1783.
- 5) Foucault, M. *Las palabras y las cosas*, Siglo XXI editores, México 1977, pág. 65.
- 6) Idem. pág. 67.
- 7) Idem. pág. 61.
- 8) Freud, S. "La interpretación de los sueños" en *Obras Completas*, Tomo I, Ed. Biblioteca Nueva, Madrid, 1973, pág. 672.
- 9) Foucault, M. *Las palabras y las cosas*, Siglo XXI editores, México, 1977, pág. 70.
- 10) Idem., pág. 71.
- 11) Freud, S. "Las neuropsicosis de defensa", en *Obras Completas*, Tomo I Ed. Biblioteca Nueva, Madrid, 1973, pág. 172.
- 12) Freud, S. "Análisis de la fobia de un niño de cinco años (caso 'Juanito')", en *Obras Completas*, Tomo II, Ed. Biblioteca Nueva, Madrid, 1973, pág. 1393.
- 13) Freud, S. "Los recuerdos encubridores", en *Obras Completas*, Tomo I, Ed. Biblioteca Nueva, Madrid, 1973, pág. 334.
- 14) Freud, S. "Los orígenes del psicoanálisis", en *Obras Completas*, Tomo III, Ed. Biblioteca Nueva, Madrid, 1973, pag. 3591.
- 15) Freud, S. "Introducción al narcisismo", en *Obras Completas*, Tomo II, Ed. Biblioteca Nueva, Madrid, 1973, pág. 2018-9.
- 16) Freud, S. "Introducción al narcisismo", en *Obras Completas*, Ed. Biblioteca Nueva, Madrid, 1973, pág. 2026.
- 17) Lacan, J. "El estadio del espejo como formador de la función del yo tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica", en *Escritos I*, Siglo XXI editores, México, 1981.
- 18) Cfr. pág. 2028.
- 19) López-Ballesteros traduce yo-ideal pero el término utilizado por Freud es Ichideal (ideal del yo)
- 20) Sin embargo, debemos hacer constar que si bien el otro surge de la relación narcisística, la articulación entre el objeto y el ideal del yo no producen un redescubrimiento completo, produciendo una combinatoria de tres términos, dando lugar a lo que Lacan denominaría objeto a.
- 21) Freud, S. "Proyecto de una psicología para neurólogos", en *Obras Completas*, Tomo I, Ed. Biblioteca Nueva, Madrid, 1973, pág. 251.
- Freud, S. "Nuevas observaciones sobre las neuropsicosis de defensa", en *Obras Completas*, Tomo I, Ed. Biblioteca Nueva, Madrid, 1973, pág. 288.
- Freud, S. "La etiología de la histeria", en *Obras Completas*, Tomo I, Ed. Biblioteca Nueva, Madrid, 1973, pág. 300.
- 22) Jones, Ernest, el biógrafo de Freud, califica "Introducción al narcisismo" como un

ensayo inquietante. ¿Qué sucedería con el conflicto entre pulsiones que hasta entonces había trabajado el psicoanálisis? Causó gran confusión la tesis de que el yo, sucesor de la antigua razón, fuese un objeto imaginario.

23) Ignorado en el sentido que el psicoanálisis le da a este término: ignorancia de lo que se sabe.

24) Freud, S. "La escisión del yo", en Obras Completas, Tom. III Ed. Biblioteca Nueva, Madrid, 1973, pág. 3375.

25) Idem., pág. 3375.

26) De Saussure, F. Curso de Lingüística General. Ed. Losada, Buenos Aires, 1980, pág. 128.

27) Lacan, J. Seminario 1: Los escritos técnicos de Freud 1953-1954, Ed. Paidós, Barcelona, 1981.

28) "Realitat" es el término alemán con que se traduce nuestra "realidad", "realitat" tiene su raíz en "real", que como es obvio, se traduce al castellano de la misma forma. Cuando afirmamos que en la realitat no hay ausencia, estamos diciendo en la realidad objetiva.

29) "Wirklichkeit" también puede ser traducido como realidad, pero se trata de un término que tiene raíz en "wirken" que significa obrar, producir efectos. Se trata de la realidad que el sujeto provoca, ignorando (por supuesto) que es él mismo que la efectúa.

30) Freud tiene que describir, que conceptualizar una experiencia ¡con palabras! Por lo tanto, él también debe sortear el mismo obstáculo que va desde la experiencia al hecho que la experiencia tenga que ser dicha. En su metapsicología plantea la necesidad de concebir la represión originaria con el fin de poder dar cuenta del mecanismo de la represión secundaria. Pero el objeto de la represión primitiva no ha llegado nunca a ser consciente. Subrayamos este punto: tampoco era inconsciente. No hay remedio, aquí, una vez más, que admitir un estado primitivo y mítico.

31) Lacan, J. Seminario 18: "La identificación", 1961-2, inédito, Traducción Mario Pujó Y Ricardo Scavino.

32) Freud, S. "Psicoanálisis y telepatía", en Obras Completas, Ed. Biblioteca Nueva, Madrid, 1973, pág. 2651.

33) El juega al carretel.

34) Entre otros textos, véase: Freud, S. "La disolución del complejo de Edipo", en Obras Completas, Ed. Biblioteca Nueva, Madrid, 1973.

35) Freud, S. "La interpretación de los sueños", en Obras Completas, Tomo I, Ed. Biblioteca Nueva, Madrid, 1973, pág. 447.

36) Freud, S. "Totem y tabú", en Obras Completas, Tomo II, Ed. Biblioteca Nueva, Madrid, 1973, págs. 1838 i subsiguientes.